

# Al rojo vivo

Pedro Ángel Palou

Nada más versátil y en movimiento que la estética de Vicente Rojo. Este libro<sup>1</sup> es una cara más, quizá la más cara de la vida y la obra, siempre poliédrica, de este artista. No estoy seguro si, como lo quisieron los renacentistas, se puede ser bueno en diversos oficios, pero sí estoy seguro de que se puede ser un apasionado en distintos asuntos: es el caso de Vicente Rojo. Rasgo infantil éste de dejar una cosa por otra, de encantarse y desencantarse para volverse a encantar. Hay un niño en la profunda curiosidad de Rojo, por ello Vicente es un Rojo vivo, o como los niños, vivaracho. Un Rojo intenso.

Este libro, reedición cuidada por Germán Montalvo, Paloma Villegas y el propio autor, es un regalo para quienes seguimos la obra del maestro y la historia del diseño en México. Como señala el propio Monsiváis: *Es un estudio sobre la inigualable trayectoria del Maestro Rojo: un digno objeto de deseo*. Octavio Paz y David Huerta, entre otros, nos han ayudado a comprender e interesarnos en la obra del artista. Ahora nos toca a nosotros ponderar y sugerir

<sup>1</sup> Diseño gráfico. Coedición El colegio Nacional, Universidad de las Américas, Ediciones Era, México, 2007.

las diversas transiciones del maestro Rojo. Me refiero a la “trayectoria” no tanto como experiencia acumulada sino como aventura, una ruta de nevegación que incluye naufragios, rumbos que se intuyen, puertos que se avizoran, el mapa perdido, la ruta recobrada y, al final, nos damos cuenta de que, como diría Pablo Neruda, hemos vivido: Rojo confiesa que ha vivido.

Su influencia y herencia en el trabajo editorial —revistas, libros, suplementos, sin olvidar por supuesto aquellos originales carteles diseñados para José Luis Cuevas cuando fue candidato a diputado— es notable porque la imaginación priva sobre la inteligencia, la simetría sueña con colores y volcanes en permanente reposo, hay una extática en esa danza de armonía y proporciones. Lo estático, se vuelve, por un cambio de letra, por una delgada fumarola de volcán, extático. Rojo también nos enseña que el arte no se conforma con el formato tradicional y, navegante nuevo, el arte puede estar en cualquier superficie, en cualquier p-arte.

Pero todavía hay algo por descubrir, casi como un error, por un azar del destino o bajo alguna voluntad secreta, la letra “e” se sigue negando a una soledad de cien años. Seguirá sorprendiendo algún acomodo inesperado, una línea corrida, un trazo que se cierne sobre su mismo misterio. Una letra a la inversa como rebeldía, como gesto apenas perceptible ante la condena de los *Cien años de soledad*. Siempre quedan cosas por descubrir, por releer, en esta obra misteriosa y a la vez transparente. Ese esguince tipográfico es una advertencia al lector de la profunda ironía que es Latinoamérica.

Para todo pintor, el rojo es un color ineludible, así, Rojo es un matiz permanente en el diseño mexicano. Al rojo sandía de Tamayo, al rojo Bandera de López Velarde y al rojo oleaje de Silvestre Revueltas se suma con sus trazos Vicente Rojo, complemento y contrapunto de la cultura mexicana.

